

y los despidió en medio de universales aclamaciones; la ceremonia se repitió con los aguadores, que habían tenido á su cargo la limpieza del hipódromo. El 22 de julio, quincuagésimo segundo de la salida del serrallo, el sultan volvió con su hijo á palacio, muy temprano y sin la pompa de costumbre, porque temió que el ceremonial ordinario ocasionase disputas entre los spahis y los genizaros, medianamente reconciliados.

« La muerte de un príncipe que bajó al sepulcro dos dias despues de su nacimiento, y un incendio, turbaron el fin de estas fiestas que eclipsaron á todas las anteriores y no tienen comparacion con ninguna de las que les sucedieron. El incendio fué considerado de mal agüero, imágen del incendio moral atizado por los genizaros y los spahis que amenazó abrasar todo el imperio. »

Hemos creído que debíamos dar algunos detalles de estas funciones que fueron durante muchos años blanco de las ideas y de las negociaciones de Amurat, porque arrojan mucha luz sobre el estado del imperio, temido aun por las potencias europeas, sobre el lujo de la córte y el de los magnates, la suntuosidad de los trajes, la especie de punto de honor que inclinaba á mantener con esplendidez á muchos jóvenes, el gusto y las diversiones del pueblo, y la distribucion

en gremios de diversas categorías, que nos han hecho ver las procesiones de los diferentes oficios.

XIV

Este cuadro del lujo completa los retratos de los hombres; las fiestas son la historia de las costumbres de un pueblo. El gran visir Othman las entristeció con una justicia trágica, que hirió, apesar de las intrigas del haren, á Hassan-bajá, cuñado de Amurat III. Hassan, que dilapidaba el tesoro del Egipto en donde era gobernador, por acrecentar el suyo, fué llamado á Constantinopla y encerrado en el castillo de las Siete Torres. El sultan le perdonó la vida á instancias de su hermana.

El favorito Ibrahim fué enviado á Egipto á reparar los desastres de la administracion de Hassan. Ibrahim empleó en vano diez y ocho meses y millones de brazos en hacer excavaciones en el monte Mokattam en el Cairo, y la cuesta de las Esmeraldas en la playa del mar Rojo para descubrir los tesoros enterados por Hassan.

Una guerra civil entre los druzos, tribu belicosa

que comparte con los maronitas los elevados valles del Líbano, llevó á Ibrahim á Siria. Uno de los jefes de los druzos, Ebu-Maan, que reinaba entre Beirut y Trípoli de Siria, se sometió á Ibrahim y le envió á su madre con presentes de caballos árabes, cabras y telas de seda, productos de aquellas comarcas pintorescas y salvajes. Ibrahim recibió con afabilidad á la madre del scheik druzo. Tomando dos velas de seda que le presentaba, desplegó una sobre la cabeza de la madre del rebelde y se cubrió la suya con la otra, para dar á entender que se condenaba al olvido lo que habia pasado entre los otomanos y los druzos. Pero esta promesa era una perfidia. Apenas se habia reunido Ebu-Maan con su hijo, lo sorprendió Ibrahim en sus montañas y lo hizo desollar vivo en Antara. Las maldiciones del caudillo martirizado sublevaron á toda su raza en el Líbano. Ibrahim, con los seis mil genizaros que desembarcaron en Saide, la antigua Sidon, devastó la meseta del Líbano y exterminó á los gefes druzos divididos por sus querellas. Cuatrocientas cabezas cortadas de estos rebeldes fueron precursoras de su vuelta á Constantinopla.

El dinero, sus alhajas, las maravillas artísticas que traia de Egipto y de Siria eran prenda segura de un buen recibimiento por parte del sultan. El mas pre-

cioso de estos despojos era un trono de oro cincelado por un artista egipcio, que rivalizaba con sus maestros de Florencia, este trono, independientemente del trabajo y de las piedras que lo adornaban, contenia el peso en oro de dos millones de duros. En lo sucesivo sirvió para la coronacion de los sultanes. Doscientos mil ducados acuñados, dos Coranes encuadrados ricamente con diamantes y rubies incrustados; una cortina bordada de piedras preciosas de la puerta del templo de la Meca; tres sables, tres yataganes y tres puñales persas con puños de pedrería fina; tres escudos con rubies; un equipaje completo de mujer, compuesto de setenta y nueve piezas de oro puro, innumerables rollos de terciopelo, de brocado y muselinas de las Indias, cien jóvenes blancos, diez y siete eunucos negros, diez etiopes negros con facciones africanas, siete etiopes blancos; setenta caballos árabes del desierto, entre los cuales habia diez con sillas de oro y mantillas bordadas de perlas; un elefante con un trono, una girafa, una gacela gigantesca, animal hasta entonces desconocido de los otomanos, componian el presente de Ibrahim. Amurat III, que lo queria y le preparaba el puesto de gran visir, le dió por esposa á su hija la sultana Aische. El esplendor de estas bodas igualó al de las funciones de la circuncision.

Ibrahim, enviado á Hungría para reprimir los levantamientos de los magnates Nadasdy y Palfy, á quienes alentaba en secreto el Austria contra los turcos, volvió á Constantinopla con una multitud de prisioneros húngaros encadenados, que llevaban cada uno de ellos dos cabezas de sus compatriotas, muertos en el campo de batalla. El enviado del emperador Rodolfo, habiendo querido interponer su mediacion en favor de algunos cautivos: « Perro, le « dijo el visir, ¿ porqué habeis sostenido á Nadasdy? « ¿ Porqué no habeis pagado aun al sultan el tributo « anual? » Le quitaron al paje del embajador el sable y el hacha de armas de su señor y los hicieron pedazos en su presencia.

Los magnates húngaros Zriny, Nadasdy y Bathiany vengaron estos ultrajes derrotando al bajá Schehzar y pasando á cuchillo tres mil turcos en Kanischa. El mismo bajá debió su salvacion á la fuga. Su caballo cayó muerto de fatiga. Erró solo por los pantanos de las márgenes del Danubio, viéndose obligado á cubrirse los piés con la piel de tigre de su caftan. Entrando ocultamente y lleno de vergüenza en Constantinopla, compró algunos dias de existencia con la cesion de su fortuna al sultan, y se envenenó por fin él mismo, avergonzado y entristecido por la pérdida de sus soldados.

XV

El embajador del rey de Polonia Esteban Bathory, fué expulsado de Constantinopla con quejas severas contra su república, que habia dado asilo y procurado la impunidad á los cosacos enemigos de los tártaros de Crimea y de los turcos. Este embajador, Juan Podladowsky, fué asesinado con toda su servidumbre en un bosque próximo á Andrinópolis al regresar á Polonia, por no haber querido ofrecer á la Puerta la satisfaccion que esta exigia. El rey de Polonia se sometió á los mandatos del divan, y mandó ajusticiar treinta y tres cosacos para complacer á los embajadores de Amurat III. De esta suerte vengó el asesinato del suyo.

Poco tiempo despues, la muerte de Bathory restituyó las intrigas y competencia que solia provocar la eleccion vitalicia de este rey de los sármatas.

Sigismundo, príncipe de Suecia, que fué elegido sin oposicion del sultan, se apresuró á enviar al conde Zamoisky, secretario suyo, á Constantinopla, para pedir la continuacion de las relaciones de patronato

y deferencia que existian entre la república de Polonia y el imperio.

La reina Catalina de Médicis siguió una correspondencia directa con la sultana veneciana Safiyé, para obtener que Amurat le prestara el auxilio de su flota contra la escuadra española de Felipe II, en guerra con la Francia. La judía Kira, confidente de la sultana, logró ver una carta de Catalina y reveló la correspondencia al embajador de Venecia, compatriota de la sultana.

La Inglaterra solicitó la misma alianza ofensiva y defensiva contra Felipe II. El gran visir la eludió, bajo el pretexto de la guerra de Persia que absorbía todas las fuerzas militares de la Turquía.

Los venecianos, aunque en paz con la Puerta, continuaban peleando en los mares de Africa contra las marinas berberiscas, aliadas y tributarias de los turcos. Habiendo sido asesinado Ramazan, bajá de Trípoli, en su mismo palacio por los genizaros sublevados, su viuda, refugiada en una de sus galeras hizo velas hácia Constantinopla con un tesoro de cien mil monedas de oro, apiladas por su marido. Cuatrocientos esclavos y cuarenta mujeres acompañaban á la viuda del bajá. El viento contrario impelió la galera hácia el Adriático, y echó anclas en el puerto de Zante, isla veneciana. El gobernador respetó en la

fugitiva los derechos de la paz, del infortunio y de la hospitalidad. Pero el célebre almirante veneciano Emmo, informado de las riquezas que traía el bajel, lo esperó en el mar á la altura de Cefalonia, y se apoderó de él como de un despojo de guerra. Los trescientos genizaros fieles á la viuda de su bajá murieron defendiéndola sobre el puente de la galera turca. Los venecianos, sin tener compasion á una mujer inocente y desarmada mataron al niño de pechos del bajá en el seno de su madre, igualmente asesinada; las cuarenta jóvenes fueron arrojadas al mar despues de haber sido víctimas de los apetitos brutales de la tripulacion, y de haberlas mutilado; el mismo hermano de Emmo se asoció á estos crímenes en presencia del jefe de la escuadra, que se habia apoderado de la mas hermosa de estas mujeres. Echóse esta á sus piés pidiéndole que salvara su honor y su vida, afirmando que era cristiana, natural de Venecia, que habia sido robada de Chipre muy niña todavía por los conquistadores de la isla y esclavizada en Trípoli por los berberiscos. Ni su origen, ni su religion, ni sus lágrimas, ni su belleza ablandaron el corazon del feroz almirante.

Estos crímenes de los venecianos en paz con los musulmanes arrancaron en las costas del Adriático y del Mediterráneo gritos de horror, y provocaron las

represalias de los turcos. La sultana Safiyé, siempre adicta á su primera patria, salvó con dificultad al embajador de Venecia en Constantinopla de la venganza del pueblo. Sus cartas confidenciales al senado de Venecia hicieron conocer á la república la necesidad de una reparacion proporcionada al horroroso atentado, ó el peligro de una guerra implacable contra las posesiones venecianas. Emmo y su hermano fueron decapitados en el puente de su galera; los esclavos y las riquezas del bajá restituidos á su familia. Para borrar completamente el recuerdo de este crimen cometido bajo su pabellon, los venecianos unieron sus bajeles con los de los turcos para pelear contra las galeras de Felipe II. España pidió una tregua al divan, y la logró apesar de los esfuerzos hechos contra ella por el embajador que tenia en Constantinopla Isabel de Inglaterra.

El papa Sixto V, cuya alta política traslimitaba el horizonte europeo, se esforzó, por medio de consideraciones guardadas á los turcos y de legados negociadores, enviados á las comuniones cristianas disidentes del imperio, en atraer al centro católico romano á los griegos, los armenios y los jacobitas de Mesopotamia. El espíritu de secta, mas tenáz que las antipatías nacionales, dejó sin efecto todas estas tentativas. La Puerta no se mezcló en estas negociacio-

nes religiosas entre los cristianos sometidos á su dominacion. Pero solo los maronitas del Líbano perseveraron en un catolicismo romano, que toleraba sin embargo el matrimonio de los clérigos.

XVI

El anciano capitán-bajá Kilidj murió á los noventa años de edad en los brazos de una esclava favorita de su haren. Su riqueza monetaria y sus piedras preciosas no entraron en las arcas del tesoro público. Ibrahim-bajá, el favorito de Amurat III le sucedió por poco tiempo. El gobernador de Argel, Hassan-bajá, renegado veneciano, fué elevado por su capacidad á este puesto. Hassan, antiguo gobernador de Egipto, preso en el castillo de las Siete Torres por sus concusiones en el Cairo, habia sido denunciado por otro renegado milanés como dilapidador de las riquezas del Egipto. El sultan, que le habia confiscado doscientos mil ducados, no le volvió su fortuna con el favor. Para mostrar Hassan su reconocimiento á Amurat, le llevó de Argel diez galeras armadas, y le presentó trescientos mil ducados, treinta eunuocos y cincuenta jóvenes de rara belleza.

La guerra de Persia preocupaba exclusivamente al gran visir Othman, el único que era capaz de prepararla y hacerla. Doscientos mil hombres, agueridos por él en sus largas campañas, lo aguardaban en Castemuni, camino de Erzerum. Al llegar á esta ciudad, Othman destituyó á Ferhad-bajá que habia mandado sin energía las fuerzas otomanas, que se hallaban de observacion en la frontera de Persia, marchó directamente á Tauris é incendió esta capital del Aderbidjan, situada por desgracia suya, en medio de una llanura contada en el número de los cuatro *paraísos* de los otomanos. Reedificóla despues en cuarenta dias y la fortificó para que sirviera de etapa á las futuras expediciones de los turcos. Pero una derrota de su teniente Cicala-bajá y las murmuraciones de los soldados, que no querian avanzar por un país desierto, lo forzaron á retirarse.

Atacado por el príncipe Hamza, hijo del schah ciego, ya vencedor de Cicala, Othman, enfermo, pero no desanimado, murió de cansancio sobre su caballo en medio de la batalla. Su muerte ocasionó la derrota de los turcos. Treinta mil perecieron acuchillados por los persas; los demás se refugiaron en Erzerum. Ferhad-bajá y Cicala tomaron juntos el mando de los restos del ejército.

Amurat III reemplazó al gran visir muerto en el

campo de batalla con Mesih-bajá, anciano de noventa años, cuya razon vacilaba con el peso de los años. El motivo de esta inexplicable eleccion en el momento en que el imperio exigia una cabeza y una mano fuertes, era dejar reinar al favorito Ibrahim bajo el nombre de un visir nominal.

Entretanto el príncipe persa Hamza continuaba la série de sus victorias contra las tropas otomanas. El invierno lo retuvo en Caswin. El salvador de la Persia se preparaba para la tercera campaña. Las intrigas de los partidos que desgarraban su patria, no lo dejaban tranquilo ni en la brecha del imperio.

Un barbero extranjero, llamado Djudi, introducido en su habitacion para afeitarlo, le cortó el pescuezo y se evadió sin que inspirara sospechas á la guardia. Unos atribuyen el asesinato al fanatismo de los musulmanes que juzgaban á Hamza-Mirza demasiado favorable á los cristianos del reino; otros, á instigaciones de Ismaél-Mirza, celoso de la gloria y ávido del trono que con tantas hazañas conquistaba su hermano. El schah ciego no sobrevivió al dolor que le causó la pérdida de tal hijo. Ismaél heredó en efecto, si bien por pocos meses solamente, este trono ensangrentado con tantos crímenes. Pero el Soliman ó el Carlomagno de la Persia habia nacido ya y crecia en la oscuridad. Era este un niño salvado del sa-

crificio de los príncipes, hijos de Mohammed, consumado por la cruel Peridjan. Este muchacho fué Abbas el Grande, restaurador de la Persia.

XVII

Durante el reinado de Mohammed el ciego, este schah habia pedido en vano á los jefes de las tribus del Khorassan á quienes, segun la costumbre se les habia confiado su hijo poco despues de nacer, que lo restituyeran á su padre y á su córte. Estos caudillos, aficionados al muchacho á causa de sus desgracias, de sus atractivos y tal vez con la esperanza de llevarlo al trono un dia para reinar en su nombre, se habian negado á entregar esta preciosa prenda.

Los dos adalides mas poderosos de estas tribus del Khorassan, Ali-Kouli-Khan y Murshud-Kouli-Khan, enarbolaron el estandarte Abbas al saber la muerte de Hamza y de Mohammed. Hiciéronlo montar á caballo, apesar de su corta edad, y le enseñaron los ejercicios y el arte de la guerra, para exaltar á los persas al aspecto de su discipulo, el jóven pre-

tendiente. Vencedores en muchas batallas contra los generales de Ismaél, se disputaron muy pronto el honor y el fruto de la victoria alcanzada por una misma causa, y se batieron mútuamente en las provincias que acababan de conquistar juntos.

Abbas habia quedado en poder de Ali-Kouli-Khan. En una batalla perdida contra Murshud cayó muerto al suelo el caballo del príncipe, que iba á perecer pisoteado por los caballos, cuando los ginetes de Murshud, reconociendo al hijo de los sofis, se pararon, arrojaron sus armas, se pusieron de rodillas ante el niño rey, lo levantaron y lo coronaron sobre el campo de batalla. Conducido por Murshud-Kouli-Khan á Caswin, la capital sometida, Abbas fué proclamado en ella sin oposicion. Murshud dominaba, mas que lo que convenia á un esclavo, á un adolescente capaz de gobernar y celoso de sus derechos al trono. Murshud murió á manos de los partidarios del príncipe en el palacio de Caswin, en donde pretendia reinar en lugar suyo.

XVIII

Entretanto los tártaros Uzbeks, eternos enemigos de la Persia, conquistadores de la mitad de las pro-

vincias del Norte, avanzaban en número crecido para aprovecharse de las disensiones y debilidades del reinado de un adolescente. Abbas marchó contra ellos sin ningun general en jefe, les arrancó á Meschid, principal capital del imperio, los rechazó hácia el Oxus, volvió con su ejército aguerrido á hacer frente á los turcos que amenazaban á Caswin y á Tauris.

Acampado á orillas del rio Kur ó Ciro, en la llanura de Georgia, Abbas ejercitaba allí sus soldados, y convocaba al rededor suyo á todas las tribus que deseaban salvar la patria ó vengarla. Su juventud, su belleza y su bravura fanatizaban á los dos ejércitos separados por el rio. Durante una tregua ajustada entre los dos campamentos, á causa del invierno, Abbas galopando por la arena del Ciro con algunos de sus jóvenes generales, fué invitado por los oficiales turcos á pasar el rio á nado y á fiarse en su hospitalidad. El príncipe metió su caballo en el agua y pasó algunas horas con los turcos sin darse á conocer. Despues de amistosa conversacion, invitó á algunos de sus huéspedes á cruzar al otro lado para que experimentasen á su vez la lealtad de los persas.

« Con mucho gusto, » le dijeron con la misma confianza los oficiales de Amurat, « con la condicion de que nos permitireis ver á vuestro joven schah, « cuyo valor y talento son superiores á su edad, ha-

« biendo llenado ya el Asia con su renombre. » Abbas se sonrió y les prometió satisfacer su curiosidad. Apénas llegaron á la opuesta orilla, la respetuosa actitud y las aclamaciones de las tropas revelaron á los turcos que el joven que tan temerariamente se habia puesto en sus manos era el mismo schah de Persia. Despues de recibirlos regiamente en sus tiendas, Abbas los mandó acompañar á su campamento cargados con presentes.

Su genio superior no lo eximia del todo de las supersticiones y credulidades de su país y de su época. Miéntras que contenia á los tártaros con una mano y á los otomanos con otra, cuando su fortuna presagiaba ya á la Persia el mas memorable de sus reinados, una predicacion de sus astrólogos, acerca de la singular coincidencia de los astros, propagó por el pueblo la creencia de que iban á pesar sobre la Persia grandes calamidades, y que amenazaba á su soberano un peligro inminente. Credulidad ó cálculo, Abbas resolvió eludir la prediccion ó defraudar al destino abdicando el trono. Así lo verificó en efecto con toda solemnidad, haciendo coronar por algunas horas á un criminal, condenado á muerte por sus fechorías é impiedad. Este miserable maniquí del trono se llamaba Yusuf-Sofí. Por espacio de tres dias gozó del palacio, de las delicias y de los honores de

la soberanía real. Al cuarto, fué entregado al verdugo. La prediccion cumplida así por medio de un subterfugio habia descargado la malignidad del hado sobre la nacion y un rey nominal.

Abbas volvió al trono bajo otros auspicios, y los astros solo le prometieron prosperidades. Una batalla decisiva contra los tártaros Uzbeks, cerca de Herat, los precipitó en el Oxus. Uno de sus generales, llamado Ferhad-Khan, de acuerdo con los Uzbeks, habia resuelto dejar destrozado al rey durante esta batalla. Con el pretexto de acudir á un peligro imaginario, quiso llevarse el ala derecha, que mandaba, lejos del campo de batalla. Pero sus generales y sus soldados viendo á Abbas que luchaba solo con un puñado de guerreros contra las masas de tártaros que lo envolvian volaron á su socorro y salvaron á su rey.

Ferhad acusado de traicion por el ejército pagó su crimen con su vida. Alí-Verdi-Khan que le habia desobedecido por salvar al rey, fué ascendido y conquistó la intimidad y el favor de Abbas. Enviado por él con una division á someter las provincias limítrofes segregadas del reino, reconquistó las islas del golfo Pérsico en donde se pescan las perlas, y la cadena de montañas llamada el Laristan, que se extiende desde la llanura opulenta de Schiraz, famosa

por sus jardines, sus aguas y sus vinos, hasta el golfo Pérsico.

Ibrahim-khan, cuyos antepasados gobernaban aquellas montañas cuatro mil años hacia, fué enviado cautivo á la córte de Abbas. En su tesoro se halló la famosa corona de Cosroes. Esta corona de oro, cuajada de perlas y rubíes, cogida y conservada por espacio de tantos siglos por esta familia de príncipes tributarios, que hasta entónces no habian sido conquistados jamás por los dominadores de la Persia, volvió á colocarse sobre la frente del mas digno sucesor de Cosroes.

Algunos caballeros ingleses, nacion curiosa que explora el mundo por inquietud de espíritu, tanto como por el instinto de los descubrimientos y el genio especulador que posee, fueron los primeros que saludaron en el jóven Abbas al regenerador del Oriente. Esta caravana de viajeros ingleses se componia de sir Anthony Sherley, de sir Roberto Sherley, hermano suyo, y de un cortejo de treinta caballeros de la misma nacion. La mayor parte de ellos eran oficiales, geógrafos, artistas, artesanos, traficantes de distincion en su patria. Uno de ellos era un hábil fundidor de cañones. Viajaban con un lujo asiático bajo la proteccion del conde de Essex, favorito de la reina Isabel, llevando á las córtes del

Oriente el nombre, las artes, los intereses y las alianzas de su país.

Acogidos en la corte de Abbas, cuyo genio era bastante capaz para envidiar á un mundo lo que faltaba á otro, recibieron honores y presentes dignos de la magnificencia de un monarca indio. Mil monedas de oro de 16 pesos cada una, cuarenta caballos persas ensillados, con espléndidos arneses, diez y seis mulas, doce camellos cargados con tiendas, cuyos cortinajes estaban bordados de oro, turquesas y perlas, componian este presente del schah. Sherley conquistó la amistad de Ali-Verdi-khan, generalísimo de las tropas, y fué el favorito europeo de Abbas. Estimuló á este soberano y á sus ministros á hacer con confianza la guerra á los turcos, é introdujo la artillería y la disciplina europea en la infantería regular, formada por su consejo. Para afianzar la neutralidad de los príncipes cristianos, dió á su favorito Anthony Sherley credenciales, concebidas en términos que atestiguaban la amistad patriarcal que le profesaba el rey de las tribus guerreras.

« Creed en él, » decia Abbas en sus credenciales, « porque desde que está conmigo hemos comido en el mismo plato y bebido en la misma copa como dos hermanos. » Los cristianos y los frailes de diferentes órdenes fueron invitados á permanecer, practicar y

predicar libremente su religion en Persia. « Nuestros religiosos, » decia los firmanes de Abbas, « no se atreverán á incomodar á los vuestros, ni á hablarles de su fé. » Esta tolerancia pobló las ciudades de la Persia y los arrabales de la capital de comerciantes, artesanos, fabricantes cristianos de todas las partes del Oriente. El embajador del schah, Sherley, no fué ultrajado mas que en Rusia, en donde la corte envidiosa, inquieta y bárbara de Moscú, lo encerró en un calabozo despues de apoderarse de todo lo que llevaba. Libre del cautiverio despues de muchos sufrimientos, visitó las cortes de Alemania y de Italia, recogiendo auxilios de los príncipes cristianos que hacian votos por el triunfo de Abbas, el enemigo de los enemigos de los cristianos.

Seguro del apoyo de la Europa, Abbas reconquistó á Tauris venciendo á Ali-baja que lo defendia despues de la retirada de Othman. Un fraile portugués, el padre Antonio Govea, enviado por Felipe II á la corte de Abbas refiere esta victoria. Erivan siguió la suerte de Tauris. Antes de marchar contra Bagdad para incorporarla en su imperio, Abbas quiso echar á los turcos del norte de la Persia.

Anudemos el hilo de los acontecimientos que correspondian en Constantinopla con estas revoluciones

y estos triunfos de los Persas, regenerados por su Soliman, Abbas!

XIX

El visir de los noventa años, Mesih-bajá habia dejado el vireinato á Sinan-bajá, desterrado á Malghara y despues á Damasco. Los regalos que Sinan-bajá enviaba de sus gobiernos á la sultana Safiyé y á las favoritas del haren habian hecho olvidar sus desastres en Persia y la insuficiencia en el divan. El muftí habia sido igualmente reemplazado por un poeta místico, autor de poemas árabes y turcos, llamado Bostanzadé-Effendi. El scherif de la Meca, Abu-Nemi, habia venido á traer á Constantinopla con las bendiciones de la Kaaba, los presentes de la Arabia, que consistian en ricas telas de raso y algodón, aloes, y cocos llenos de dulces de la India. Los embajadores de Abbas pedian imperiosamente á la Puerta la entrega de las provincias usurpadas y la delimitación antigua de las fronteras de los dos imperios.

Siawusch-bajá, con el objeto de lisongear á Amurat III, habia construido á su costa, á las orillas del

Bósforo, cerca de las caballerizas del serrallo, un palacio imperial que regaló al sultan. Amurat se trasladó á él bajo un dosel de mil pasos de largo, formado con raso y brocado. Un festin espléndido le fué servido por Sinan-bajá y por los arquitectos de este nuevo palacio que hemos visto demoler en nuestros dias para levantar el de Mahmud, padre del sultan reinante, Abdul-Medjid. Fijóse la renta del gran visir en un millon de ducados ó dos millones de duros.

Cruelos tratamientos, motivados por las exacciones de Ibrahim, favorito insaciable de Amurat y por sus cómplices, martirizaron á los cristianos de Siria. El obispo de Jerusalén espiró en la tortura por no poder satisfacer la codicia del gobernador. La Francia, protectora de los Santos Lugares, Venecia, España, Austria, Nápoles, reclamaron el castigo del despojador y del verdugo de sus correligionarios. El sultan envió á Damasco y á Jerusalén capidji-baschis para hacer expiar estos crímenes con sus cabezas á los gobernadores de Jerusalén y de Siria.